

los casos jurídicos en principios metafísicos gracias al *Arte* (lo que por otro lado lo dotaba de carácter permanente, inmutable), y no en su deducción de los principios de la naturaleza humana (según el Aquinate y otros autores) (cfr. pp. 62-63).

Desde este marco conceptual, el Estudio Preliminar aborda las nociones (ya propiamente jurídicas) de derecho natural, derecho común, derecho positivo, costumbre, justicia, virtudes, que para Llull tienen la virtualidad de orientar la acción práctica de jueces y gobernantes y, para nosotros, de encontrar la específica aportación de Llull, la comprensión de su texto, y la ponderación y comparación de su obra con la de otros significativos autores en la misma temática.

En conclusión, un interesante trabajo de traducción realizado con pulcritud y acierto, en el que se aporta la prácticamente desconocida aplicación del *Ars llulliana* al derecho, y con él, a los principios del actuar humano en sociedad, haciendo de esta disciplina una ciencia vinculada en sus principios (filosófico-teológicos), unitaria en su fundamentación metafísica y por tanto subordinada en una consideración unitaria y jerárquica de la realidad y del saber con la que Llull quiere responder a una fragmentación y casuismo en el proceder jurídico-político. Y un bien elaborado Estudio Preliminar en que se ofrecen los apoyos sistemáticos y contextuales del sistema llulliano, necesarios para hacer inteligible el texto de este mallorquín universal.

M^a Idoya Zorroza. Universidad de Navarra
 izorroza@unav.es

MARITAIN, JACQUES

La significación del ateísmo contemporáneo, Presentación y traducción de Rogelio Rovira, Encuentro, Madrid 2012, 46 pp.

Debemos agradecer el acierto de Rogelio Rovira en recuperar esta conferencia del año 1949 de Jacques Maritain para el lector de habla castellana sobre el fenómeno del ateísmo contemporáneo (del s. XX) —un ateísmo positivo y absoluto—. Siguiendo el talante del P. De

Lubac, Maritain llama nuestra atención sobre la perspectiva personal, íntima de su porqué, y aquí radica el especial interés del trabajo. No se lo puede comprender cabalmente sino como una “opción del corazón” (p. 8), una libre decisión y actitud, mucho más que una conclusión teórica, que se traduce por otra parte, cuando es consecuente, en un verdadero compromiso de vida, en una militancia que implica sacrificio y abnegación.

Por otra parte, al subrayar los aspectos humanamente positivos y valiosos del hombre ateo, especialmente por la comparación con la actitud y la conducta del santo, a mi juicio Maritain ha expuesto de un modo más penetrante la esencia del ateísmo contemporáneo. El filósofo francés nos advierte que el verdadero problema del ateo no es su radicalidad, sino que se queda corto en ella y no capta el alcance del mal en toda su envergadura. Su verdadero impulso positivo, en tanto que rebeldía contra el mal, es más débil y menos profundo que el del santo, porque su proclamada revolución es falaz: no lleva el hacha a la auténtica raíz. Además, las contradicciones que suponen profesar religiosamente una postura antirreligiosa y vocear la liberación de todo yugo divino prosternándose ante el dios-mundo, le llevan a concluir que el ateo fracasa por serlo demasiado poco. La verdadera liberación no puede excluir la ruptura más difícil y violenta: la del mal en la propia carne, como expresa con fuerza la Carta a los Hebreos al arengar a los cristianos a resistir “hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado” (Hb 12, 4).

En una segunda parte, saliendo al paso de la crítica marxista al Cristianismo como huidizo de los problemas de los hombres de su tiempo, se comprende el esfuerzo de Maritain, al final de su conferencia, por delimitar el verdadero papel del cristiano en el mundo de hoy. Su ausencia casi general en los avatares más decisivos de la revolución industrial debe ser admitida, pero también que su principal tarea consiste en responder a la necesidad que tienen los hombres “de signos sensibles de la realidad de las cosas divinas” (p. 35). Esto, a ojos de los no-creyentes, forzosamente parece demasiado poco, demasiado ineficaz e incluso inútil. En definitiva, el cristiano que no quiera caer en la “herejía de las obras” (J. B. Chautard), acabará siendo crucificado por los que no aceptan más que el mesianismo de los éxitos rápidos y deslumbrantes del príncipe de este mundo.

En definitiva, Maritain apunta al misterio de la libertad humana frente a Dios. Su conferencia, más que un frío análisis del ateísmo como tal, es una arenga a los cristianos hacia una coherencia extrema, sin caer en el engaño de que el único modo de serlo esté en el compromiso con las obras y la justicia temporales. De hecho, concluye abriéndonos a la esperanza: la exageración, la radicalidad del santo es lo que necesita nuestro mundo, y también el ateo. Sólo desde la radicalidad conectará con él y cortará a fondo con la fuente del ateísmo absoluto, a juicio de Maritain, a saber, el ateísmo práctico del creyente, que no es más que la renuncia a la radicalidad en la vida de fe. El análisis de Maritain es un revulsivo de la mediocridad, no en el sentido de tener que “dar milagros a los hombres” sino de “practicar lo que creemos” (p. 35).

Sara Gallardo González. Universidad Católica
 “Santa Teresa de Jesús” de Ávila
 sara.gallardo@ucavila.es

MARTÍNEZ CARRASCO, ALEJANDRO

Espíritu, inteligencia y forma. El pensamiento filosófico de Eugenio d'Ors, Eunsa, Pamplona, 2011, 259 pp.

Espíritu, inteligencia y forma es una parte de la tesis doctoral que el autor defendió en la Universidad de Navarra en 2009 con el título *Dos soluciones a un problema común: Eugenio d'Ors y Ortega y Gasset*. Ortega solía acusar a Ors de no dialogar nunca. El libro del profesor Martínez Carrasco, al que de una manera natural ha seguido una monografía sobre Ortega —*Náufragos hacia sí mismos. La filosofía de Ortega y Gasset*, Eunsa, Pamplona, 2011)—, refuta esa acusación: las breves páginas dedicadas al “Ángel” —en mi opinión las más elaboradas del libro, en consonancia con la propia concepción orsiana de la “vida angélica”, que aún espera una adecuada comparación con otras angelologías contemporáneas, como las de Walter Benjamin o Wallace Stevens— se basan en la idea de que “pensamiento quiere decir diálogo” (p. 220, n. 130) y delimitan un trabajo que, sobre todo,